

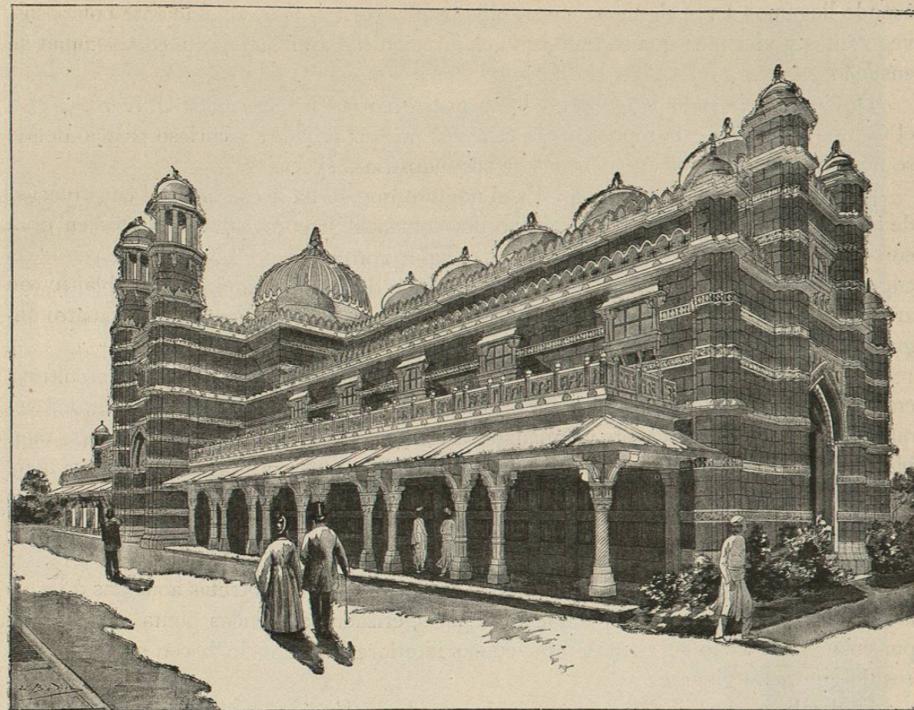
«32 hombres de pie. 6 caballos á lo largo.»

Tampoco rechistan estos *turistas*. Están satisfechos de su viaje considerándose dos veces dichosos, por haber visto la torre Eiffel, en primer lugar, y en segundo por volver á su país.

Ellos, tan gárrulos y ruidosos á la llegada, están ahora taciturnos, pacíficos, fatigados, despeados. Sus líos de equipaje son ahora más abultados que á la salida de casa, siendo ya demasiado pequeños los pañuelos para contener dentro de sus estiradas puntas el cúmulo de regalos, de frioleras, de recuerdos de la Exposición, de que los han cargado sus respectivos dueños.

Y continúan soñando, sueñan en la vaguedad de sus sensaciones y sueñan maravillas. ¡Han pasado á vista de sus ojos tales y tantas cosas! ¿Las recordarán siquiera para contarlas? ¿Quién sabe? Su pobre cerebro está anonadado, vacío á fuerza de haberlo llenado. Esta supervivencia á que París se acomoda, esta fiesta nacional de todos los días y noches, que no fatiga á nadie aquí, los mata á ellos. Los que pudieron apoderarse de un rincón duermen ya, con la cara contra la tabla. Se han guardado los casquetes en los bolsillos, sustituyéndolos con birretes de mal paño azul y rojo, en que luce la torre Eiffel en papel dorado. ¡Cuán felices son! Vuelven á su casa con la torre de 300 metros en la cabeza.

SANTIAGO DE BIEZ.



Fachada del Palacio indio

## EL PALACIO INDIO

Siempre debe hablarse con respeto de la India: es la admirable y veneranda antepasada de nuestra humanidad europea. De ella partió todo y todo se encuentra en ella. Michelet la comparaba, en un movimiento de poética elocuencia, á la montaña augusta, cubierta de bosques, de que se hace mención en sus poemas sagrados.

«Bajo árboles gigantescos, una vida superabundante crea árboles secundarios y no sé cuántos escalones de arbustos, de humildes plantas que estos buenos gigantes toleran y sobre las cuales derraman desde sus copas lluvias de flores. Y estos grandes anfiteatros vegetales están muy poblados. En lo alto se ciernen ó revolotean los pájaros de mil colores, los monos se balancean en los columpios de sus ramas inferiores, y la gacela de fina piel aparece en el umbrío fondo. El conjunto no es un caos: las diversidades concordantes se adornan de un encanto mutuo.

»Por la noche, cuando el sol extingue en el Ganges su abrumadora luz, cuando se apagan también los rumores de la vida, la orilla del bosque deja entrever todo este mundo tan diverso y tan unido en la paz del más dulce reflejo, en que todo se ama y canta á la vez.»

Tal es la impresión que nos queda en el alma cuando hemos leído algunos de esos episodios sublimes del *Ramayana* ó del *Mahabharata*, en los cuales se abre como una flor el espíritu indio en medio de los eternos y cambiantes esplendores de la naturaleza, ó

cuando llegamos á ver algunos de esos objetos de arte tan maravillosamente pomposos, vegetantes y vivos, en que se traduce la civilización india en su infinita complejidad de ensueño.

Desde 1851 la India ha conservado su puesto en las Exposiciones Universales. En el Campo de Marte está representada esta vez por un brillante y curioso palacio donde se nos ofrecen preciosos especímenes de sus industrias especiales.

¡Palacio! ¿Es acaso un palacio? Es el nombre que se da á esa original construcción de estilo ú orden compuesto, pero hecho de elementos irreprochables, puestos en obra con el mejor gusto. Figuraos prolongadas galerías coronadas por una serie de pequeñas cúpulas, edificadas á ambos lados de un gran domo decágono completamente blanco con aristas rojas, que domina una especie de pórtico ó crucero flanqueado en sus cuatro ángulos por altas linternas ó torretas.

Por delante de la fachada, de color rojo sombrío, bordado de finas fajas de esculturas en piedra blanca y de ventanas cuadradas, como los miradores del Cairo, corre una veranda blanca, que estriba sobre veinticuatro columnas ó pilares esculpidos y blancos también. Así, pues, todo está bien marcado, blanco y rojo. Las esculturas modeladas en *staff* sobre antiguos modelos conservados en el *Kensington-Museum* de Londres, corren á lo largo de las fajas en ricas vegetaciones ornamentales, ó rodean el fuste de las columnas con un bello hormigueo de detalles.

En los ángulos extremos de las galerías se elevan también torretas análogas á las de la entrada principal, y las diez pequeñas cúpulas, erizadas de sendas puntas que marcan por encima del techo las traveas ó bovedillas interiores del edificio, hacen pensar en cascos de guerreros gigantes.

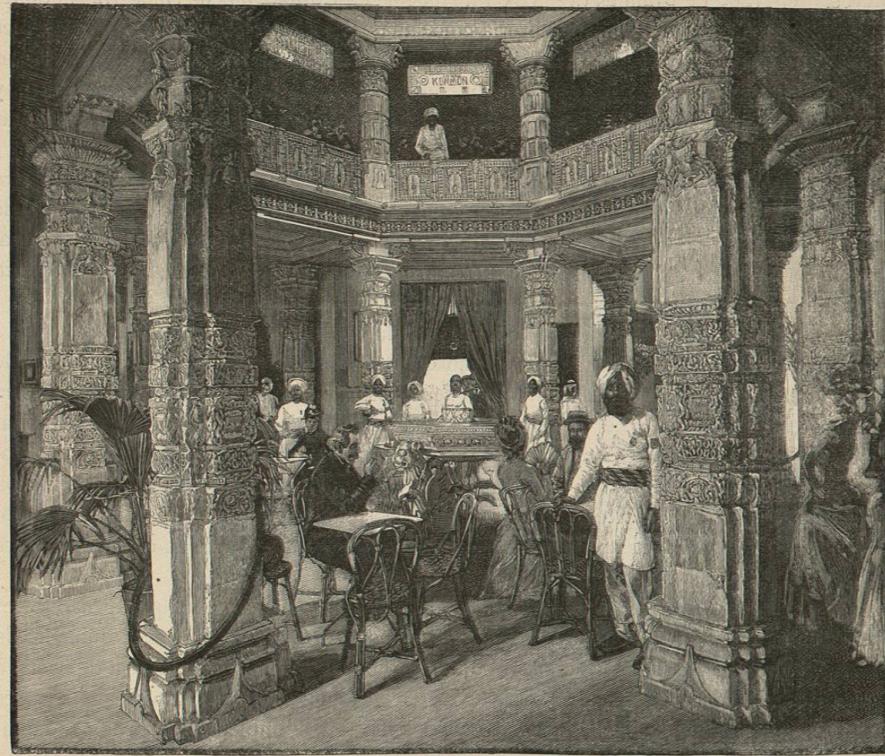
El domo central nos alegra y deslumbra con su espléndida blancura, luego que hemos pasado el umbral del edificio. En sus líneas generales está inspirado en un célebre monumento de Delhi, la *Torre Outab*, cuyas felices proporciones y gracioso decorado celebran unánimes todos los viajeros. Robustos y blancos pilares, de forma octógona, enlazados con franjas de líneas perdidas, sostienen el balcón que se destaca en el primer piso, adornado de bellas plantas de gran follaje. La luz de fuera entra y se extiende por triples ventanas, bastante estrechas para contener su crudeza. En medio de la rotonda, de una pila de mármol blanco sostenida por leones tendidos del más antiguo estilo, escápase al través de la verdura un chorro de agua límpida que refresca el ambiente.

El conjunto recuerda, según dicen los competentes, la transición de la arquitectura budista á la arquitectura musulmana. Con su amor á la geometría y su horror á la representación del rostro humano, el genio artístico árabe parece haber impuesto algún orden en las excesivas invenciones de la India; pero á buen seguro no ha desnaturalizado este arte despojándolo de su originalidad característica.

La invasión del Islam fué para los indios como el derrumbamiento de una roca en un lago: al abismarse la mole, turba las aguas, rechaza hacia la orilla muchos objetos flotantes, muda á veces una corriente subterránea y desaparece en la profundidad del lago.

Así sucedió á los musulmanes en la India. Si bien la conquistaron, ella los superó: la paz triunfó de la guerra, y los vencedores se sometieron á las costumbres, ya que no al culto religioso de los vencidos. Ved sino á Delhi, á Benares, á Lahore, á Bombay, á Ceilán, á Java, donde nada semita ha quedado. El budista pudo convertirse al Islam, pero el indio permanece íntimamente indio.

Aparadores en que se prepara el te hay instalados bajo el balcón, con un personal



Rotonda central del Palacio indio

de servicio traído expreso de Calcuta. Nada complace tanto como los tipos y trajes auténticos en una arquitectura extranjera. Estos buenos indios están á las mil maravillas en medio de este bello decorado de su país. De la rotonda á la veranda van y vienen sin cesar con una bandeja en las manos, la fisonomía agradable, los ojos bien hendidos, las facciones bastante regulares, la tez de un color oscuro ligeramente cobrizo, unos con bigote y perilla, otros con toda la barba.

Su larga blusa blanca, prendida á la cintura por una faja tricolor, cae sobre el pantalón blanco también, que se estrecha abajo como una funda. En sus dedos, de color de bronce, brillan blancas sortijas de plata. En la cabeza acumulan los pliegues de una interminable faja, con franja de oro, rodeada á manera de turbante.

Son pacíficos y disciplinados, bastante activos para orientales, inteligentes y nada melancólicos. Musulmanes de religión, los fieles de Mahoma son, según se nos asegura, mejores sirvientes que los budistas. Explique quien sepa cómo el fatalismo predispone mejor al hombre á la servidumbre que el nirvanismo tradicional. El uno aconseja al ser humano abandonarse al destino, el otro lo anima á absorberse en la nada, y ambos á dos el desprendimiento de toda iniciativa.

A derecha é izquierda se desarrollan las galerías consagradas á los diversos productos de la industria india. Aquí estamos en un verdadero bazar industrial, pero, en suma,